

Luisa Valenzuela

EL GATO EFICAZ



INTERZONA

Te invitamos a leer
las primeras páginas de este libro,
y las de todo nuestro catálogo.

Pero si te gusta leer en papel,
acá podés conseguir tu ejemplar.

COMPRAR LIBRO

EL GATO EFICAZ



Luisa Valenzuela

EL GATO EFICAZ



INTERZONA

INTERZONA

Valenzuela, Luisa

El gato eficaz / Luisa Valenzuela. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2023.

128 p. ; 21 x 13 cm. - (Zona de ficciones)

ISBN 978-987-790-072-9

1. Narrativa. 2. Literatura. 3. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

El gato eficaz fue publicado por primera vez en 1972 en México por Ediciones Joaquín Mortiz
En Argentina fue publicado por primera vez en 1991 por Ediciones de la Flor

© Luisa Valenzuela, 2023

© interZona editora, 2023

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Corrección: Florencia Piluso

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Composición de interior: Brenda Wainer

Composición de tapa: Fernando Ozón

Ilustración de tapa: Shutterstock

ISBN 978-987-790-072-9

Libro de edición argentina.

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

INTRODUCCIÓN

2023. Los gatos de la muerte no renacen ni resucitan, simplemente recuperan visibilidad en una nueva edición.

A mi vez me gustaría recuperar mi irreverencia de 1969/1970 mientras los escribía. No se trata de edad, sino de cargas: yo era entonces una caldera a punto de estallar, y estallé en palabras en las que por primera vez descubrí un orden y concierto interior muchísimo más sabio que la propia caldera.

Amo al *Gato* porque me es ajeno y mucho más sabio que yo. Es mi texto de ruptura. Me abrió una compuerta que nunca más llegará a desbordarse como entonces.

La génesis de este animalejo es la siguiente:

Estando la autora a la sazón becada en una pequeña ciudad universitaria estadounidense, rodeada de un grupo especialísimo de escritoras y escritores sobre todo latinoamericanos, le ocurrió lo que no podía dejar de ocurrirle: se puso neurótica. Era demasiado campus, demasiado campo, demasiada nieve... Era demasiada pasión literaria y mucho hablar de la muerte. La autora en ese entonces tuvo la osadía de decir que ella nunca, pero nunca nunca, pensaba en la muerte.

Y la muerte se le encabritó ahí mismo y la metió de cabeza a escribir, a escribir con desaforado afán, por los vastos pasillos, en reuniones de amigos, en la cama interrumpiendo el sueño propio y el ajeno, en el drugstore o la cafetería. Escribió sin tregua a su paso por México, y siguió escribiendo de regreso a Buenos Aires, donde dio con el título definitivo.

Porque este libro empezó por titularse *A los Gatos de la Muerte, ¡salú!* Pero Joaquín Díez Canedo, el emblemático patrón de la Editorial Joaquín Mortiz que tuvo la osadía de contratarlo antes de verlo terminado, objetó que muy pocos en México sabrían reconocer al gran pueblo argentino en tamaño brindis.

Ya de regreso, Buenos Aires le brindó el título definitivo. Porque en la vidriera de una semillería céntrica la autora descubrió al alter ego de los gatos de la muerte, el Gato Eficaz de aluminio (ver pg. 113).

Manhattan había brindado todo lo otro: la percepción de los miedos a flor de piel, las corrientes de lujuria, la danza desaforada de pasiones. Corría 1969, se eternizaba la guerra de Vietnam, la vida humana no valía nada y valía todo. Como siempre pero mucho más evidente.

En Iowa City, donde permanecimos ocho largos meses, podría decirse que la calma era chicha hasta que empezaron a soplar preñados vientos de escritura. Razón por la cual dedico este libro a mis inolvidables colegas de entonces: Fernando y Marta Arbeláez, Carlos Germán Belli, Nicholas y Birgitt Born, Fernando y Socorro del Paso, Marta Fernández, Marisel (Chiqui) Jiménez, Antonieta Madrid, Carmen Naranjo, Néstor Sánchez, Juan Sánchez Peláez y Malena Coelho, Nicolás Suescún, Antonio Urello. Y a Gustavo Sáinz, que hizo posible la publicación del libro por Joaquín Mortiz.

Todo mi agradecimiento para ellas y ellos. También para Z. Nelly Martínez y Sharon Magnarelli que con generosidad y enorme talento le abrieron al *Gato eficaz* y a mi obra las puertas del Norte.

LUISA VALENZUELA

PRIMERA VISIÓN FELINA

Cómo me gusta vagar de madrugada por el Village y espiar a los gatosbasureros de la muerte: escarban loquihambrientos en los tachos hasta dar con la basura que bajo las uñas pueda matar de un rasguño.

Él le dijo mañana nos veremos y ella de inocente le creyó. ¿Cómo una mujer gato no pudo ver al gato? Y él, con tanto de ratón, ¿cómo no supo escaparle? El gato de él era negro ojosdebrasa, y en el Village nevaba. Pasó bajo la nieve un cartel que decía Dios está vivo y bien en la Argentina; las piedras habían acribillado la palabra Dios, los ojos del gato fulminaron vivo y entonces solo quedó la Argentina que ella vio como en sueños y se acordó de él por lo impreciso de su geografía. Él era de Guatemala con el pelo eléctrico y un polo positivo para atraer al gato hasta el borde de su cama.

Cama. No es lugar para morir-se: indigna horizontal, prefiguración gratuita.

Me gusta vagar por el Village con el débil primer rayo, mientras solapados desconocidos desandan su camino de espaldas para recuperar portales y los gatos de la muerte se erizan y se vuelven pura corriente de afilados cuchillos. Las paredes de piedra son más rugosas de madrugada, pasan ráfagas que no son de este mundo. Hay que acechar a los asesinos en zaguanes para que la descubran a una.

Nada es fácil en la madrugada, y menos aún valiente. La nieve se recalienta y en el medio le sale una mancha de sangre allí bajo la tercera hamaca en el parque de los niños cerrado con cadenas.

Él le dijo nos veremos mañana y hasta él lo creía. ¿Por qué entonces entró en el improbable baño de los túneles y dejó que otro hombre le sorbiera la vida? Era un hombre encorvado –no él, el otro–, doblado en dos por la costumbre de mantener la boca a la altura de las braguetas y para morir no podía merecer ni un gato, ni un solo pelo de gato de esos que vuelan con los vientos esquineros del Village convertidos en dardos para traspasar cerebros. Era un inmerecedor de gatos y él dejó que lo chupara sin acordarse de ella, sin imponerle el nombre de ella como una nueva cruz. Dejó que lo chupara y quedó indefenso; si todo el mundo sabe que el gato de la muerte les teme a los testículos, los buenos testículos cargados: talismanes de vida.

Vampiros hay para todo. Nuestros líquidos son inagotables, nuestras secreciones. En la esquina de Bleecker y Carmine se topó con su gato. ¿Cómo iba a ver al gato si al hombre de los baños no le vio los colmillos? ¿Si no supo de la sangre menstrual en los baños de hombre? La sangre de los hombres brotando carcomida, disfrazada de blanco.

No me crucé con él porque a mí me gusta pasear de madrugada por el Village y a él, de noche. Dudo que se me pueda ver de noche: soy color de las tinieblas. Pero sé caminar entre vientos esquivando los pelos de los gatos, sé ver brillar el cuchillo cuando brilla y hasta sé ahogar el grito si algún desaforado me aprieta la garganta.

Cruzar no lo crucé, pero mi eterna humildad me llevó de rodillas a su cama y mi amor por la gente me metió entre sus sábanas y él estaba agotado e indefenso. Mi lengua se topó con tabaco y supo que una lengua de hombre ya había incursionado por esas tropicales zonas tiernas. Comprendí. Entonces me eché a su lado y le conté un cuento lento acariciante para completar su entrega. Hasta que oí el maullido y pude irme, silenciosa como había llegado, afelpada y un poco peluda, toda yo una pata de gato, almohadilla con ganas de lamerme, un poco enamorada de mí misma de tan dúctil. Y afuera ya es de día, perdí el amanecer. Me pregunto qué

me obliga –yo tan bella– a ser cómplice de un gato de la muerte. Un vil gato basurero.

Me pregunto y hasta logro responderme, ni lo duden. Es a causa, o a raíz de, o más bien por la culpa de mi monomanía de leer en un sótano los diarios atrasados. Me traen las mejores noticias: las cosas ya ocurridas que no pueden faltarnos el respeto –refulgentes y odiosas– y que acuden a mí cuando no pienso.

Quedo así escuchando chirridos exteriores más bien desafinados.

Se me estiran los tímpanos revénticos.

Las mentiras una a una se dilatan y tengo canallesca sed de estar muy sola y observar mi propia imagen por el ojo de una cerradura periscópica.

Así sabré; quizá alguna vez llegue a saber por qué razón los gatos de la muerte me han tomado de amiga. De cómplice, más bien: yo tan inoportuna como siempre, tan desaconsejada.

Una nota finita me llega desde lejos y parece un llamado. Solo yo aprendí a no responderle, me mantengo piola en mi canasto enroscada en mí misma sin siquiera estirar el pescuezo y asomar la cabeza para ver lo que pasa. Empiezo a saber del temor que me embarga: la razón de mis actos. Él me hizo leer el artículo. Estaba en bastardilla: era acuciante. A continuación lo transcribo para descubrir los lienzos de los noctisecretos ignorados por otros. Como creo haber dicho, me quedo enroscadita en mi canasto, observo por hendijas de la paja y anoto y anoto sin hacer comentarios.

Vamos vieja ya sé de qué se trata qué tanto venir haciéndote la fina. Si a mí no se me escapa ni un suspiro. Mucha pata de gato almohadilla con ganas de lamerte y estás allí sentada con ojos tan opacos. No sabés lo que es lavar los platos ni romperse las uñas rasqueteando los pisos. Ni sabés de la vida: solo tenés en la mano algún informe, tres o cuatro detalles rejuntados.

El informe lo tengo en mi guarida al alcance de una mano cien-cienta. Pueden pasar tres cosas:

- a) que salga el arco iris y lo borre,
- b) que al contacto con el aire estalle y se disperse,
- c) que envuelto en una membrana transparente lo dé a publicidad para alentar al mundo.

Opto por c)

pues el secreto nunca debe ser privado de las luces de un destino incierto.

y opto por d) por e) y por f) que no existen.

Otrosí digo: es un informe perimido aún vigente y por eso lo acaricio con la lengua, lo desarmo en un rompecabezas como siempre sucede con las cosas que a mí acuden para que de una u otra forma las posea, las dé a publicidad.

ALGUNAS CONSIDERACIONES ZOOLOGICAS

Como ya se ha dicho, los gatos de la muerte insertan bajo sus uñas cierta basura secreta para dar el zarpazo final. Algunas amas de casa avisadas se cuidan muy bien de tirar sus fetos al tacho o de sacarlos a la calle. En general los desintegran con el triturador de la pileta de la cocina y dejan a las cloacas hacer el resto. Se explica así lo que muchos interpretaron como el suicidio colectivo de los gatos de la muerte, en realidad un intento desesperado por nadar río abajo en procura de alguno de esos restos, vitales para el cumplimiento de su letal deber.

Otras amas de casa rocían los fetos con spray esterilizante, otras llegan al punto de comérselos para evitar la contaminación. Los gatos de la muerte acechan a las amas de casa, las esperan con la boca abierta dentro de los inodoros y en general perecen víctimas de la cadena.

Pero no hay que temer el exterminio de la especie. La reproducción de los gatos de la muerte es instantánea y fulminante: no es el lento proceso de nacer, es el expeditivo acto de morir, pero a la inversa. Mueren de allá para acá, del otro mundo a este. Por eso hay quienes creen en la sinceridad de los gatos de la muerte, en sus buenas intenciones: vienen a hacernos el enorme favor de sacarnos de este caos para llevarnos al de ellos.

Hay personajes un poco tenebrosos que tienen, quizá sin saberlo, un gato de la muerte de mascota en su casa. Le encienden hogueras para que duerma tranquilo, lo acarician a contrapelo para que se cargue. A esos señores se los llama sádicos, a veces masoquistas. Alimentan al gato de la muerte —no con leche claro está— y hasta cometen la tontería de castrarlo para volverlo querendón y cariñoso sin saber que dejan así insatisfecha a más de una virgen marchita y responden a los secretos designios del gato que no quiere ser semilla, sino hacha.

ESTA PERRA VIDA

I

A los gatos de la muerte una vez les opuse los perros de la vida, dogos blancos con fauces que importé de la Argentina. Blancos y rojos por lo tanto, y gusto a sal entre los dientes: fieles a la destrucción, buenos muchachos buscadores del odio. Cuando bajo el arco de Washington les suelto las cadenas el revuelo es fantástico y los gatos de la muerte me miran azorados. Solo yo desconcierto a los gatos de la muerte. Yo que era su aliada y puedo ser su rival, con la misma sonrisa.

Lamismasonrisa, como oyen, exactamente igual para perros o gatos. Para los que están en uno u otro extremo de esta vida. Los gatos son perezosos e infieles, los perros de la vida tienen una naturaleza ávida, tenaz, que los hace insoportables; son jueces y todo. Monaditas.

Perroblanco busca gatonegro. Diente blanco busca carne negra y a veces se equivoca. Veo debatirse al pobre tipo contra el colmillo que lo desgarrar. Lo adivino deslumbrado ante el blanco destello perforando su carne. Y su lucha –la del negro– por ocultar el rojo de la sangre y no dejarla hermanar con las fauces del perro allí donde todo tiene un aire matarife. Carne viva y fauces, unidas por un líquido social y aglutinante. Pero hay que tranquilizarse: todo el mundo sabe que los perros de la vida nunca pueden dar muerte. Claro está. Naturalmente.

Hete aquí que por el Village, desde ahora, se pasean unos negros ululantes desgarrados y más vivos que nunca, con nervios a la intemperie, sufriendo cada brisa, cada mirada penetrante. Andan como locos en procura de un gato de la muerte, día y noche sin reposo, pero tal olor a perro ha quedado impregnando sus entrañas que ni los gatos se acercan aunque los negros larguen la clara nota de las gatas en celo al trepar por las escaleras de incendio.

Ya no estoy tan feliz conmigo misma. No me admiro más por el momento, ni me aplaudo. Los crepúsculos los paso tras los negros desgarrados, colgándome a sus cuellos, lamiéndoles las heridas en la nuca. Yo importé los perros de la Argentina y me traen contra-tiempos. No debiera asombrarme, viniendo como vienen de una dictadura. Ahora andan sueltos, he perdido ascendiente sobre ellos, tres perros de la vida capaces de desatar el pánico. En el Village, nada menos. Y ni siquiera combaten a los gatos de la muerte.

Tienen nociones muy elementales, estos perros: no saben qué es un gato. Les han dicho cuatro patas, color negro, ojos de brasa. Ya se comieron a tres bebés que gateaban –recuperados ilesos por sus madres después del vómito, para siempre con pulgas–, desgarraron a negros del Transvaal, quisieron tragarse el fuego donde giraban las salchichas en la calle McDougall.

Yo gemí por los bebés y reí a carcajadas al ver a los perros desprenderse del suelo a cuatro patas corcoveando feroces con las bocas cargadas de tizones ardientes y resoplando chispas. Solo con lo de los negros no logro definirme. Estos perros han creado una raza más bella aún y más lamentadora. Las heridas brillan en la noche y me atraen como faros. Por eso corro a pasarles la lengua y fui feliz hasta que supe que tenía competencia. No se puede inventar nada nuevo en este Village, nada se puede hacer sin que surjan rivales. Yo traje a los perros –les grito–, soy yo la que amo a los negros. Ellas nada quieren saber de mis aullidos y quedan con la boca adherida a desgarrones para no dejar que cicatricen. Parecen lapas de la carne humana y sus piernas son bellas

como banderas mientras los negros corren desaforados queriendo desprenderlas, corren, se retuercen, se revuelcan y se frotan contra las rugosas paredes de piedra –más rugosas en la madrugada–. Mujeres al fin, ellas sufren los vejámenes y se quedan adheridas, también sangrantes ahora, también en carne viva hasta que los negros fornidos caen exangües y es entonces cuando empieza el acto del amor. Una penetración total, un contacto perfecto vena a vena, la absoluta entrega y el jadeo continuo: masa sangrante y suspirante que una vez fueron dos –o tal vez más de dos porque cada persona es ella y sus desdoblamientos– y ahora es solo esa masa sangrante y suspirante, con ricos borbotones, al fin recompuesta en identidad única, entregada al amor que es el exterminio.

Bien puedo acariciarlos sin que ellos lo noten y contribuir con mis lágrimas a la licuefacción final cuando los veo dichosos desaparecer por alguna alcantarilla. Puedo sobre todo envidiarlos a fondo, yo que nunca me entrego y no sé desgarrarme y nunca voy a tener en esta piel tan tersa ni una sola heridita que me hermane a los otros.

Por eso puedo pasearme impunemente entre perros y gatos y entre hombres, puedo encarar el Village y añorar ese tiempo distante en que hacía miedo. Un dulce miedo amigo bueno para las tripas, miedo cercándome a mí misma, forzándome a temblar para adentro. Miedo que echo de menos, que me falta.

II

Ya no hay agua en el Village, proscrita por los gatos para evitar que se apaguen los incendios. A mí me gusta el fuego por eso tiro el fósforo y me alejo tratando eso sí como al descuido de achicharrar un perro de la vida. Los he rociado con nafta, cubierto con napalm, y ni se inmutan. He podido importarlos, no puedo destruirlos. Perros de la vida, perros al fin, no se chamuscan ni se

vuelven carbón, que siempre es negro, ni siquiera llaman al cuartel de bomberos.

Quiero contribuir al concierto de sirenas, que algún aullido mío perfore piel de noche. Quiero que habitantes de subsuelos se revuelquen en camas y despierten a espiar por albañales. Para su bien o lo contrario quiero que vean por qué el rengo es mi amigo.

Un pie a veces le falta, a veces le cortaron las dos piernas y un buen par de muletas lo sostienen a escasos diez centímetros del suelo. El culo entre la nieve yo le digo y él sabe sonreírse, sonreír con el culo donde termina el cuerpo, un poco interrumpido.

Yo corro tras el rengo y le hago zancadillas, por algo aprendí rugby. Corriendo me tiro al suelo y me abrazo a las muletas; mi boca queda a la altura de su sexo y no puede así escaparse hacia los baños de hombres. Es bestial lo que debo hacer para que el rengo no se deje fascinar por subterráneos. Mis misiones nocturnas son penosas e infinitas y ya no tengo a quién encomendarme. El hocico me duele de tanto olfatear calles. Hoy es mi buena acción, mañana mi desquite; beso viejitas para merecer el cielo, el rengo es mi infierno y en él me complazco. Puedo fácilmente dividir en dos el mundo, esperar al solcito que me crezcan las patas, dejar de ser rubia para ir siendo negra como de terciopelo y saber no erizarme si me llaman tarántula. Cuesta mucho aprender a no ofenderse: si me llaman tarántula me dan incontroladas ganas de enroscar las patas, abrazarme a mí misma, salir rodando por el mundo y olvidarme de todos.

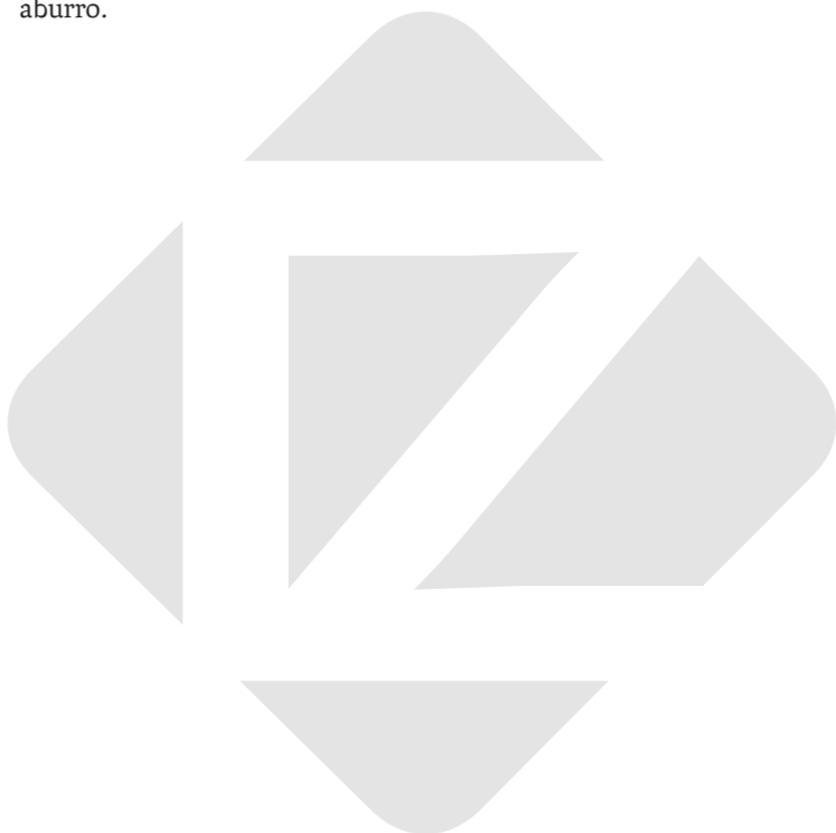
Suerte que muy pronto me noto los colmillos, los chupo con fruición y enveneno mis propios pensamientos para no hacer el bien. Ese bien infinito que es morirme.

Quiero seguir viviendo para ayudar al hombre a mi manera. Al hombre, he dicho; la mujer es irredimible. Sí, quiero ayudar al hombre exponiendo sus faltas, delatando miserias, abriendo sus heridas. Lo voy a destrozarse para ayudarlo, disolver en partículas de ayuda. Le enseñaré a morir la muerte de otros seres, sabrá cómo es

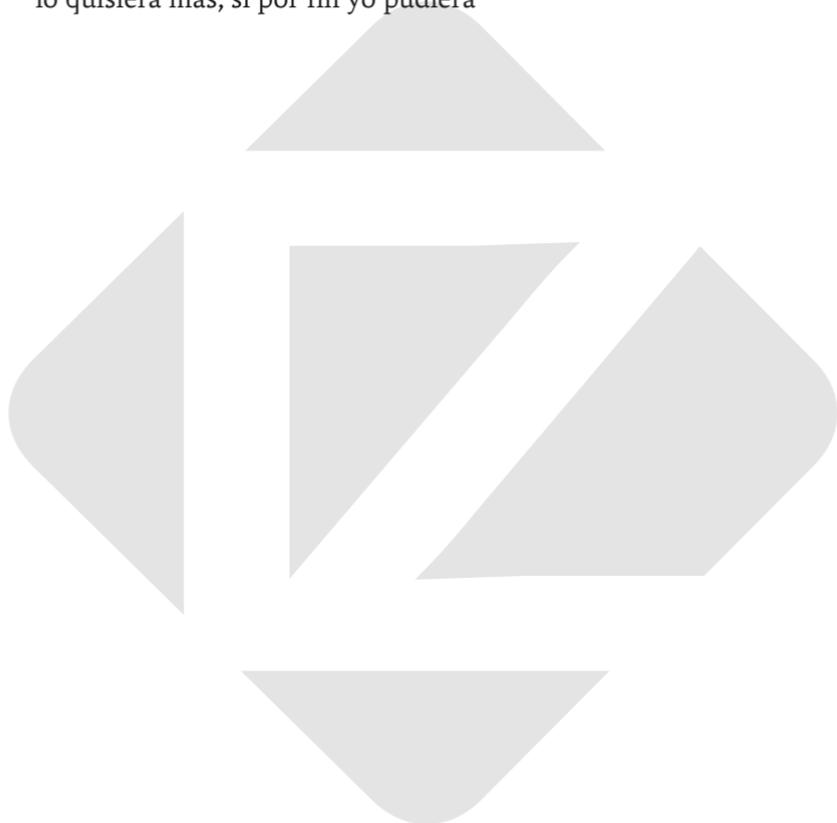
más vida la letal experiencia de la muerte. Amores que persisten no sirven para nada, yo le canto a la gloria del destrozo. Nada he dado de mí en esta vida, soy sublime en lo inútil, y ahora quiero que los hombres del mundo me comprendan: poco tengo que hacer para salvarlos, solo el esfuerzo triste de destrozar su imagen. Poco he de saber, no estoy contenta, no quiero ser araña, me voy a cambiar de sexo.



Soy un joven atleta y apolíneo, bastante pornográfico. Perdí mi don de gatos y de gente, me tiro a la piscina del trampolín más alto, las niñas me contemplan, en el aire yo cambio de posturas, luzco un torso brillante, unos músculos tensos. Del trampolín más alto pareciera que vuelo, tengo músculos hechos para conocer secretos: del mar y de los ríos, de charcas y de acuarios. Ay dios cómo me aburro.

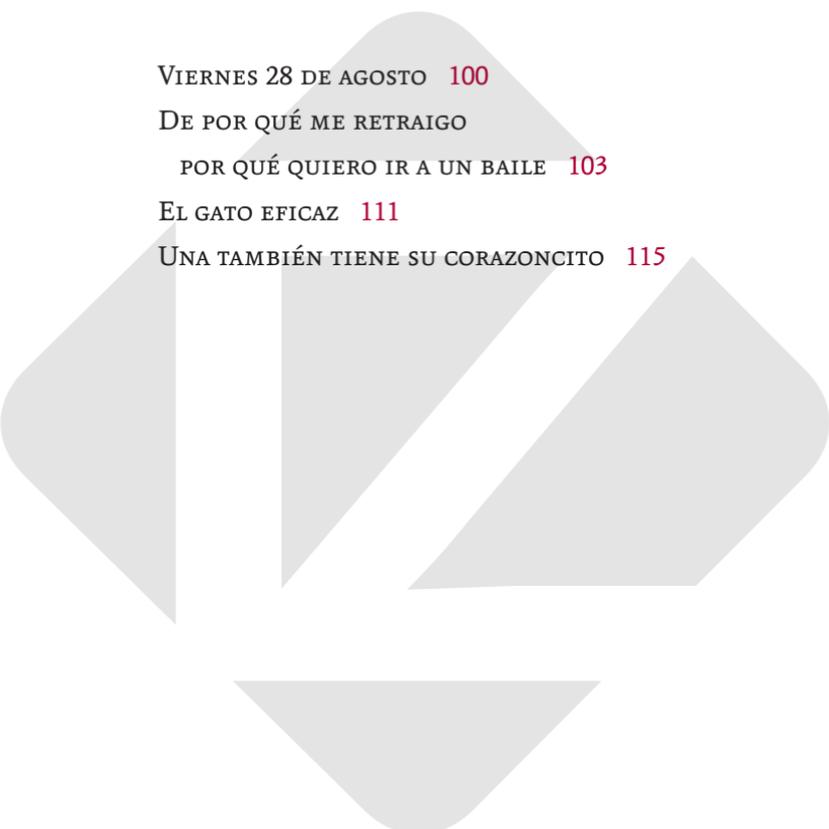


Si me aburriera menos, si lo quisiera más, si por fin yo pudiera codearme con la gente y no sentirme extraña. Pongo mi pasión en juego y también mi saliva. Doy mi reino y el Village, un viaje en Aerolíneas hasta Ezeiza. Doy eso y más también y quizá menos por no tener que ser un dios omnipotente, señor de alcantarillas, vana boca total creadora de las moscas. Si me aburriera menos, si lo quisiera más, si por fin yo pudiera



ÍNDICE

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN	7
PRIMERA VISIÓN FELINA	9
ALGUNAS CONSIDERACIONES ZOOLOGICAS	13
ESTA PERRA VIDA	15
MAYOR CAPILARIDAD, IMPOSIBLE	23
DE ACÁ PARA ALLÁ	31
HA LLEGADO MAYO SIN PERDER EL NORTE	39
CURRÍCULUM ¿VITAE?	47
ABRID PASO, SEÑORES, QUE YA LLEGAN LAS QUEJAS	55
YA SABEN DE MÍ LO QUE ESTÁ AFUERA, LO QUE QUIERO O RECHAZO	59
DE DONDE SE DEDUCE QUE HAY OTROS SERES IGUALMENTE SUCEDEICOS	61
PARÉNTESIS PARA TRES VARIACIONES LÚDICAS	67
BASTA DE ANDAR PERDIENDO EL TIEMPO	75
BASTA DE ANDAR PERDIENDO EL TIEMPO (BIS)	77
TODO TIEMPO PASADO FUE MEJOR	85
DIOSA 13 SERPIENTE	89
DE NUTRICIONES Y GASTRONOMÍA LETAL	93



VIERNES 28 DE AGOSTO 100

DE POR QUÉ ME RETRAIGO

POR QUÉ QUIERO IR A UN BAILE 103

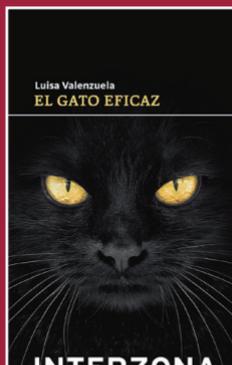
EL GATO EFICAZ 111

UNA TAMBIÉN TIENE SU CORAZONCITO 115

¿Te gusta el libro que empezaste a leer?
¿Querés saber cómo sigue?

Conseguilo en interzonaeditora.com
y en las mejores librerías.

¡Gracias por leer!



COMPRAR LIBRO

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA